

La Hermana Francisca Fagoaga, Adoratriz, conoció a las 23 mártires adoratrices beatificadas, el pasado mes de octubre, en Roma

Vivíamos gran persecución...

Se encuentra en silla de ruedas, pero su memoria podría correr una maratón. Es difícil olvidar lo que con tanta intensidad se vivió en España en los años treinta. Para una aspirante a religiosa como entonces era ella, su vida se complicó, a partir del año 31

Guadalajara guarda entre sus edificios históricos un lugar especial para las Adoratrices. Hoy es un colegio. Hace varias décadas, sus grandes pabellones albergaban el internado de *chicas*, salidas, como reza el carisma de la Congregación, de la prostitución y todo lo relacionado con esta práctica. Tenían, además, un gran noviciado, con cientos de jóvenes aspirantes en sus mejores años, y allí se realizaban todo tipo de labores.

Hasta aquellos *mejores años*, que no tienen por qué ser mejores, aunque sí se recuerdan más *auténticos*, llegan los recuerdos de la Hermana Francisca Fagoaga. Hoy, la Hermana Francisca tiene 92 años, una memoria espléndida y todo el cariño de las hermanas que, en el colegio de Guadalajara, viven con ella.

Llegó a aquel colegio en el año 30, después de haber vivido en Santander y en Granada. Tenía tan sólo 13 años, y no disfrutó precisamente de una adolescencia tranquila, como tantos otros chicos de su edad entonces.

Al año siguiente de ingresar en el colegio, con la quema de conventos, el colegio fue desalojado y todos los alumnos fueron enviados a sus casas. Lo mismo sucedió en el año 34, cuando ella ya había tomado la decisión de ingresar en el noviciado.

En julio de 1936, la Congregación era tan numerosa que no era fácil saber qué hacer o a dónde ir, pero, poco a poco, muchas hermanas fueron trasladándose a Madrid, donde se suponía que, al ser más grande, estarían más protegidas.

Muchas, como lo sucedió a la propia Hermana Francisca, que aún era una joven novicia, pudieron refugiarse en casas de familiares. Era lo más seguro, pues debían ir vestidas de calle, sin hábitos, pero su aspecto físico solía delatarlas, lo que suponía un grave riesgo para sus vidas. Un grupo numeroso de mujeres vestidas de forma algo estrafalaria (las religiosas no tenían ropa y debían vestirse con lo que las buenas gentes les regalaban) podían llamar peligrosamente la atención.

Eso fue lo que pasó con las conocidas *Ángeles de Costanilla*. Un grupo de veintitrés religiosas, algunas llegadas de Almería y Alcalá de Henares, que no tenían dónde refugiarse, y que encontraron sitio en una casa de la calle Costanilla de los Ángeles, cerca de la madrileña plaza de Santo Domingo. La Hermana Manuela Arriola se ofreció para ser la superiora de aquella casa, que se convirtió en un pequeño y apretujado sagrario, pues el Santísimo estuvo con ellas hasta el final, cuando fueron sacadas a la fuerza y fusiladas en algún lugar de Madrid, tan sólo por ser religiosas. El pasado 28 de octubre su caso se hizo famoso al ser todas ellas beatificadas en Roma.

La Hermana Francisca las conoció a todas, y de hecho no vivió muy lejos de aquella calle, aunque por prescripción de su superiora no podían acudir a visitarlas para evitar ponerse todas en peligro.

Yo quiero estar con las Hermanas

«Lo pasaron muy mal –recuerda la Hermana Francisca–. No tenían qué comer, no tenían dinero... Y los vecinos, lejos de ayudarlos, tenían muchas ganas de que se fueran, porque los comprometían. Una monja era entonces como el diablo. Vivíamos una persecución muy grande. Tan sólo tenían una vecina que les ayudaba y una ex colegiala que les llevaba comida, etc. Recuerdo a una del grupo, de unos 25 años, que, pudiendo estar con unos tíos, les dijo: *Yo quiero estar con las hermanas*. Y se fue con ellas, y claro, corrió su misma suerte. Aún recuerdo cuando ella misma, el día antes de que fueran detenidas, pasó por delante de mi casa y, muy contenta, me dijo que le habían dado una tarjeta de la Casa Vasca, y que con eso iban a estar seguras».

«El día en que las apresaron –continúa–, los nacionales habían entrado hasta el Clínico. Había habido unos bombardeos terribles, y, en represalia, los milicianos estaban muy enfadados y nerviosos. Llegaron a la casa gritando: *¡Las monjas, las monjas!* Ellas, al verles, les dijeron: *Aquí estamos*. Las cogieron y se las llevaron a la calle de Fomento, donde había una checa tremenda». Y añade: «Las recuerdo como unas religiosas muy buenas y valientes, especialmente la madre Manuela Arriola, una persona inteligente y valiente, que animaba mucho a las hermanas, porque evidentemente tenían miedo, y cuanto más tiempo pasaba, más se dieron cuenta de que iban a morir».

Con el arrojo de su juventud, la Hermana Francisca decidió no comprometer más a los tíos con los que estaba viviendo, y buscarse un pasaporte que le permitieran viajar a Francia, y de allí pasarse a la zona nacional. Viviendo las peripecias normales de una ciudad en guerra, consiguió sus papeles e hizo el viaje rodeada de cientos de religiosos que, como ella, trataban de salvar sus vidas. Logró reunirse con su familia y fue destinada a Zaragoza, donde, con 17 años, hizo sus primeros votos. Al acto no pudo acudir nadie de su familia, pues la batalla de Teruel y el frío que aún recuerdan quienes pueden dar cuenta de ello lo impidieron.

La vida fue y sigue siendo próspera y larga para esta religiosa, que narra con increíble claridad los recuerdos más duros de su vida.

A. Llamas Palacios